



Alberto

Arvelo Torrealba

FLORENTINO Y EL DIABLO
Y OTROS POEMAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Alberto Arvelo Torrealba (1904-1971) Poeta, ensayista, educador, abogado y diplomático. Presidente del estado Barinas en los años cuarenta; embajador de Venezuela en Bolivia (1951-1952) y en Italia (1952); ministro de Agricultura y Cría (1952-1955). Su obra se arraiga en una poesía de carácter popular utilizando los elementos métricos heredados de la tradición española como la copla, el octosílabo y la décima espinela, entre otras. Fue reconocido con el Premio Nacional de Literatura 1966. Entre sus obras mencionaremos: *Música de cuatro* (1928), *Cantas* (1932), *Glosas al cancionero* (1940) y *Obra poética* (1967).

« Precaución tangible e intangible.

Hato Chaparrito, Santa Inés. Estado Barinas. Venezuela, 2009.

Fotografía de Rodrigo Benavides



Florentino y el Diablo y otros poemas

ALBERTO ARVELO TORREALBA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Ñáñez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Florentino y el Diablo y otros poemas

ALBERTO ARVELO TORREALBA

Selección y prólogo

ÁNGEL EDUARDO ACEVEDO



Contenido

- 11 EL BAQUIANO. *Prólogo de Ángel Eduardo Acevedo*
- 25 **CANTAS (1933)**
- 71 EL CANOERO DEL CAIPE
- 77 ÁLBUM DE MARIELA
- 81 OJOS COLOR DE LOS POZOS
- 84 JUAN PARAO
- 87 **GLOSAS AL CANCIONERO (1940)**
- 90 ¡AH CARAMBA COMPAÑERO!
- 93 CLAVELITO COLORADO
- 96 LOS LUCEROS EN EL CAÑO
- 99 A MÍ MISMO ME DA MIEDO
- 102 NOCHE OSCURA Y TENEBROSA
- 105 ARBOLITO SABANERO
- 108 PARA ABAJO CORRE EL RÍO
- 111 MATA DEL ÁNIMA SOLA

- 114 AL PENSAR QUE NO ME QUIERES
117 CANTA EL PATICO YAGUASO
120 ¡AH MALHAYA UN TROTECITO
123 CUATRO VECES TE HE MENTADO
126 NO OLVIDES ESTA POSTAL
129 SE TOPARON LOS VAQUEROS
132 DÉCIMAS INFANTILES
138 GUARIQUEÑITA
141 POR AQUÍ PASÓ
- 145 **FLORENTINO Y EL DIABLO (1950)**
147 EL RETO
151 LA PORFÍA
- 169 ALGUNOS VOCABLOS DE USO REGIONAL
QUE APARECEN EN ESTA OBRA
175 CRONOLOGÍA

El baquiano

Es el venezolano un pueblo octosílabo, salvedad hecha de los idiomas indígenas, y en previa urgencia debe consultarse el Manual... de los hermanos Mosonyi.

Y lo es con rango sobresaliente, cuando se compara con el mismo español que le generó ese carácter, desde la vastedad castellana y el arbitrario señorío andaluz, para hacer una justa precisión topográfica.

Es el metro que destaca entre nosotros, a la vez que prevalece en toda Hispanoamérica, juntando los llanos de más acá y más allá del Meta, y saltando de toda buena gana e intención a los pagos sureños de Atahualpa Yupanqui, que resolvió con amante rigor el bochornoso asunto del enfrentamiento a los malones, y el poeta Flores Menesini puede dar fe de una situación en que casi estropea José Hernández nuestra poética amistad vertical con Roberto Juarroz; el enfrentamiento con que en Martín Fierro se lesiona nuestra condición mestiza literaria y humana. Atahualpa testimonia la realidad palmaria con su vidala Los dos abuelos¹, para seguirse prodigando como octosilábico cantor

[1]_ Me galopan en la sangre
dos abuelos, sí señor:
uno lleno de silencios
y el otro medio cantor.

en otros estilos que se abonan al prolífico cancionero rioplatense; y a salto de mata entre las nacionalidades, hay que destacar en su intensa abundancia el México de los corridos rancheros, de las bambas, de la fiesta jarocho o no, como tantas otras abastecedoras manifestaciones. Preciso es consignar a los gaceteros cubanos, las letras del montuno y al José Martí de Versos sencillos y Versos libres. De allende la mar, para hacer siempre más venia al autor, Cantes flamencos en la edición anotada completa, por Antonio Machado y Álvarez, como en fin el romancero general de España.

Hace tiempo, mucho tiempo
que el indio ya se alejó
con su lanza y su alarido,
su tobiano y su tambor.

El gaucho salió a rastriarlo
por esos campos de Dios;
se lo habrá tragau la tierra,
porque tampoco volvió.

Volvió, pero hecho leyenda,
hecho canto y tradición
para que el hombre argentino
no pierda su condición.

Tierra del indio y del gaucho
es mi tierra, sí señor
con malones de bravura
y vidalitas de amor.

Refuerza Jorge Luis Borges apelando a Hilario Ascasubi (s. XIX), que en los campos de su país, el que dice la palabra gaucho, llama la atención, y así termina siendo ésta, un mero término literario.

Con todo, para nuestra idea siguen señoreando en ocho el decir y el cantar venezolanos.

Se afinsa más como definitiva esa idea, cuando de la línea, del verso, vamos a la estrofa y vemos la tranquila anuencia que exhibe el hispano de allende, moldeando lira o quebrándole el pie a una copla para dejarla en cuatro renglones fallos o en tres, para que el alma dormida recuerde siempre a Jorge Manrique.

Como estrofas bien cumplidas le suenan al pueblo las cuartetas de dos rimas cruzadas, las redondillas consonantes o asonantes, y las de mayor facilidad y proliferación, las consonantes en rima de segunda y cuarta línea, y tanto más las asonantes de este mismo esquema, para dejarse llevar al fin con naturalidad irreparable, a madrigales y romances.

Al llegar a la décima, y a partir de la simetría y el acabado que le imprime Vicente Espinel, se ven abundar las acometidas realengas glosando al cancionero o no, de manera suelta, correspondientes a ese molde riguroso que en Venezuela concita los nombres de Salustio González Rincones, Ernesto Luis Rodríguez, Arístides Parra, Víctor Vera Morales, Rafael José Muñoz, Isaiás Rodríguez Díaz, Adelis León Guevara, Gino González, y entre los decimistas sin ahínco regional, Tomás Alfaro Calatrava, César Lizardo y Ramón Sosa Montes de Oca.

Destaca ahora la idea de que somos pueblo coplero, y como tal fluimos hacia el corrío y el contrapunteo.

La preferencia y popularidad métricas segundas del hispanohablante, allá o acá, es el endecasílabo, sobre todo cuando viene agrupado en soneto; sin embargo hay que indicar a este respecto que son manifestaciones cultas dentro del ámbito literario.

Al pensar en baquiano y en baquía, queda por necesidad semántica, incluido con el venezolano, el rastreador de la pampa o el sertón, dentro del sentido ancho que los diccionarios fijan: Práctico de los caminos,

trochas y atajos... Guía para transitar por ellos, con una propalada ascendencia etimológica árabe.

Suspendamos por comodidad, aunque no por muy buena costumbre, para beneficio de las ideas que se vienen desarrollando, a Música de cuatro, Rezagos de un poemario extraviado en la cárcel y Poemas sueltos.

Alberto Arvelo Torrealba queda convertido, como octosilabista o no, en el escritor señero de una de las dos tendencias troncales de la poesía nacional, esa que constituye nuestra fundación e inspiración más nutricia, la de los rústicos y soledosos imperativos bellistas, y que se despliega con tan individuales acentos y grados de participación, a través de Lazo Martí, Alfredo Arvelo Larriva, Andrés Eloy en La Juambimbada y retrospectivo en todo hasta Tierras que me oyeron, Rodolfo Moleiro, Antonio Arráiz, Morales Lara, Pedro Sotillo, Barrios Cruz, Alarico Gómez, Sergio Medina, Manuel Felipe Rugeles, Juan Liscano hasta Nuevo mundo Orinoco, Ana Enriqueta Terán, Rafael José Muñoz, Juan Calzadilla hasta La torre de los pájaros, Guédez de Las naves a Sacramentales y aun a Puerteños, Ramón Palomares, Luis Camilo Guevara con Vestigios rurales, Adolfo Rodríguez, Efraín Hurtado, Eddy Rafael Pérez, Enrique Mujica, todo Luis Alberto Crespo, sutil a lo Enriqueta Arvelo, y sin llegado existencial hasta La íntima desmesura, Igor Barreto, para ofrecer una onomástica promediada.

La baquía de Arvelo Torrealba se confirma y a la vez se diluye entre Cantas, Glosas al cancionero, la ensayística de Caminos que andan, y el tan distinto como fervoroso Lazo Martí, vigencia en lejanía.

Si en Cantas escoge, para ir al romance, la cuarteta y el terceto de resonancias exclusivas, en Glosas... pide tres coplas al Cantaclaro de Rómulo Gallegos, y las demás casi todas al cancionero popular, para que le sostengan las décimas, y luego largarse hacia su romance más acariciado y consentidor, «Guariqueñita», y el inspirado en Bolívar, «Por

aquí pasó», más y mejor resuelto que el «Padre nuestro...» de Neruda, y tan querible como el lloroso y gentil «Don Juan en Santa Marta» de Andrés Mata. Irá a tener entonces a la segunda versión de Florentino y el Diablo.

Destaquemos, y de una vez, en Cantas, al romancista de «El canoero del Caipe», «Ojos color de los pozos» y «Juan Parao».

La incorporación del terceto y la décima, ésta de florescencia espontánea en regiones como la aragüeña-mirandina, más fáciles al repentista que en la oriental de Margarita o tierra firme, se avienen con los llanos en trance de cultura a naturaleza, por la vivaz dominancia del octosílabo, aunque si cuerpo y alma impusieran más su poca de intransigencia, cabría hablar aún de influjo libresco. Si en esas partes del país a los improvisadores les fluye tan espontánea la espinela, a los llaneros, a la vasta Guayana de llanera mentalidad, a los lomereros y serranos de los Andes, al larense, al zuliano... les nace el modo estrófico más sencillo entre todos, la copla. Prescindimos de ese comportamiento hiperexigente, para contrariarnos la cerrería regionalista, en beneficio de mejor futuro para las confluencias y los intercambios saludables, y del anhelo de más mestiza hondura y dilatación que reclama la estética forja de un país.

Arvelo Torrealba escogió las formas expresivas que galopan más al severo ritmo de los pulsos arpistas o bandoleros, cuatristas y maraqueros que hacen mejor concierto con los redondeos cíclicos de nuestras faenas ganaderas o agricultoras, en que se comulgan con la cosecha o con la trashumancia vaquera, las parrandas de acuerdo al santoral de más ascendencia campesina, con el baile que implica todos los registros de amor entre los jalones que van de guayabo negro a connubio, de misterios dolorosos a gozosos, en ala de su más puntual vehículo literario, para que todo encuentre acabamiento en las orgías ebrias, corporales y anímicas, y tal vez en la muerte.

Prefirió el verso brioso que también sabe arremansarse, como los ríos del buen afecto surcan y enchumban lo que pueda haber nuestro en la palabra geografía; los versos del ordeñador, del cabrestero y el trapichista de buey, las mujeres que cantan pilando..., que brotan sin rebusca en los fontaneros puebleros, del pecho de una joven sociedad o del pecho de una joven, siempre la misma antigua humanidad, como brotan las linfas purísimas oh de los manantiales oh; los versos cuyos flujos son de tal espontaneidad sorpresiva, que cuando nos descuidamos al prosificar, se entrometen cual tremendos geniecillos para saltar a lastimarnos, a lesionarnos el rigor auditivo; trátese de lectura o de oralidad, se delatan como entrometidos y muy ostensibles, cual otros metros ningunos en lo que debe ser un flujo parejo del habla vocal o escrita.

Fue halado Alberto Arvelo Torrealba por la copla, que como poema se abastece sola, tal el *hyaku-nin isshû*... («En la llanura de Mika / nace y corre / el río Izumi; / ¿cuándo la vi?, me pregunto, / y ¿por qué la quiero tanto?»²), las antiguas *kenningar* germanas, los Pájaros perdidos de Tagore y Las pequeñas cosas de Abdellatif Laâbi; la copla, que al extenderse como romance, corrío, contrapunteo miramos que, salvo en mínimas proporciones, no hace más que adicionar hilando coplas. En razón de estos y otros pormenores y también por mayores, la copla es el poema venezolano por excelencia.

Al incorporar en Glosas... la décima, la está rellenando de la misma sustancia que en otros moldes de composición ha metido; de tal manera que así comienza, aunque sea difícil que termine, por llanerizarla.

Acerca de llanerización y sustancia, este escritor a quien corresponde ser proclamado el primordial baquiano de nuestros poetas criollos, lo es porque aprendió directamente, se consustanció, memorizó, y en su escritura

[2]_ Traducción de Douglas A. Palma.

óptima expresó con fidelidad y dijo lo que, es de lamentar, la mayoría olvida, tiene a menos, estiliza o chapucea.

Dijo lo que aguas, montes y lejuras de sus correrías le sembraron y le germinaron, lo que callaban y cantaban, simples, los plenos humanos entre cuyas bregas creció. Lo embargaba aquello, quizá por sobre toda otra cosa, y así se cultivó, no porque hubiera leído a muchos escritores de otras partes, que sí lo hizo, pero esto no podía echarlo a perder, acarrearle descuido, respecto a la magnífica sentencia del francés lleno de pasmus hispanófilo: «¡Qué cultos son estos analfabetos!».

Dijimos para repetir, al contrario de críticos respetables y estimulantes en su tal vez porfiada insistencia, que Arvelo Torrealba no ha otorgado rango artístico alguno a la expresividad, ¿burda no más que por manar de pulsos campesinos ágrafos?, que esto lo más que hace es congeniar con la torpe expresión según la cual hay que «elevar las masas al arte», en la que por cierto no han creído sólo militantes comunistas, sino también populistas, y liberales o conservadores, de todo lo más surtido.

Volvemos a decir que lo mejor suyo es de tanto mérito como el cancionero oral creado y acopiado por la memoria general del pueblo anónimo; decimos que no desmerece los repertorios silvestres transcritos: el de Montesinos, el de José Eustaquio Machado, el de González Bona, el de Olivares Figueroa, los de Efraín Subero.

¿En qué podrían, cómo, ser menos, con tan fraterna ascendencia, que las de Arvelo Torrealba estas coplas que debemos a la memoria de Marcelino Madriz?:

Tiré una piedra en Apure
por ver el agua saltar;
mi piedra era pequeñita
y Apure una inmensidad.

Apure baja cantando
y dicen que va a la mar,
felices los que van lejos
y cantan por donde van.

¿Y éstas de nuestras edades en la puerta del chiquero de los becerros y
en el corral de ordeño?:

A la una más o menos
canta el gallo e la pasión
y a esa hora se levanta
el que tiene obligación.

Las cortinas de tu casa
son de terciopelo negro,
y entre cortina y cortina
está mi amor prisionero.

Y ahora sólo dos, en gusto rosado, del máximo decidor guariqueño
en el distrito Infante, Morocho Cova, tan ajeno a plumilla y tintero,
como los más anónimos:

Dame lo que yo te pido,
que no te pido la vida,
de la cintura pa abajo,
de la rodilla pa arriba.

¿Por qué me niegas la ñema
 siendo la gallina mía,
 siendo mi casa la tuya,
 siendo la tuya la mía.

Acoteja aquí Morocho una vez nomás con homónimos, recurso de buena usanza, para que en su *Ars poética* Borges acomode en arte mayor agua con agua y río con río, que ateniéndose al canon, varía de nominación en las siguientes estrofas.

Fue y es ese baquiano, pues no se distrajo de sus correderos, ni aun fuera de ellos, o no hubiera gritado a su señora esposa, cuando en una función elegante, y como diplomático en Roma, el fortissimo wagneriano lo sobresaltó de un ligero dormirar: «¡Carajo, Rosa, un caimán!». Atribuye Marcelino al poeta este suceso, que *si non è vero è ben trovato*. Luego, es baquiano por dentro de sí mismo. Puede guiarnos.

El baquiano por fuera, menudea fehaciente su llanería con recurso de humano y de inventivo, a la memoria y la imaginación, como quien se extiende por los paisajes no avizorados socorrido por una elemental ley analógica. A Neruda no le fue imprescindible, para haber escrito «Si por agria Arizona o Wisconsin nudoso», recorrer tranco a tranco esas extensiones del territorio norteamericano; sin embargo, también nos avenimos a recordar el sarcasmo con que un poeta romántico español víctima a otro de más tuberculoso acento que él mismo, cuando al notar lo transportado por las extrañas flores que su ignorancia ve flotar en el estanque, le advierte: «Son los nenúfares, hombre, que mientas tanto en tus versos».

Cuánto más memorable aquella vivencia a que acudió la décima musicalizada por Simón Díaz («Si quieres partida buena / cuando juguemos al naipe, / en las orillas del Caipe / yo tengo colcha de arena»). En el atar-

decer de hace unos años, que yendo de Barinas a Barrancas nos deslizamos en compañía de Luis Sánchez Aguilera y Nelson Linares, sin ánimo poetista, por una pequeña vereda hasta la playa del Caipe, y verificamos, comentamos, que en efecto el poeta tenía allí colcha de arena y aun colchón. Lo demás es visualizarlo imaginando, siempre fidedigno «por esos rumbos vaqueros / de Ortiz a Corozo Pando» y llevado de cabresto por la ensoñación y la directa andanza ecuestre, por lo esencial, óptico, más definitivo en su hondura y trascendencia, si dejamos en el estatuto convenido como pieza de aliento y carácter nacional a Florentino..., la de Arvelo Torrealba es poesía doliente de amor de mujer y de llanura en tres grados:

a) Prevalencia de mujer:

Yo bebí tu zumo ardiente,
campo de bravo cañedo,
tierra del ansia y no puedo,
ruta de adiós y quién sabe.

b) Prevalencia de llanura:

Aquí estuvo el hato, padre,
que nos dio sombra otro tiempo;
en este alambre caído
se me enredaron los sueños.

c) De guayabo y de lejura:

Yo anduve con suerte triste,
me la puso triste el llano:

entre mi vida y tus ojos
 las llanuras de San Carlos.

Es como el quedar cautivos de la letra, la música y la emisión vocal, digamos de un Cunavichero, que expresa: a) ferviente nostalgia de la dama que sugirió su letra; b) que es un clásico pasaje llanero; c) el intérprete evoca con fuerza veterana a la honorable señorita de su inspiración. Escuchamos y nos embargan tres sentimientos vigorosos simultáneos que a la vez podemos y queremos discernir, separar.

El amor doliente de Arvelo Torrealba no es el por vos he de morir y por vos muero, la inmolación de Garcilaso, para una imposible dama escogida que terminó dándonos literatura en puntual estética, y en esto ha habido autores legionarios y producción ubérrima, esto de que el verso suplante al amor y a la biografía entera del amante, el postergarse en aras de un sufrir deliberado, metódico, para que la vocación poética haga prevalecer sobre espíritu, letra.

Es un amor en positivo de llanero andariego que viene «labrando a solas este anhelo de honda vida». Son los amoríos de la errancia sabanera en pos del grave amor, bien sufridos en resumen y alquitarados, pues prevalecen sobre el anhelo de forja del poema, aunque finalmente, sí, bien padecido. «El que ama debe ser vulnerable.»³ Se gestionan así la comprensión y la vigencia última, valiente en su lejano estoicismo, tal vez en celaje humorístico, mediante esta canta de nuestro montaje:

El amor es como el trigo,
 si no se riega no nace,
 ¿por qué a mí me nacería
 si tú nunca lo regaste?

FLORENTINO Y EL DIABLO

Quien desde la versificación escrita quiera medirse con Arvelo Torrealba, está desembocando en literatura oral. Que se mida, que eso es hacederero. Y si no, valga un reclamo. ¿Van a quedarse nomás y tan sólo en él? Y el remedio es que se vuelvan iguales a sí mismos si es que traen bastimento suficiente y hambre.

Por nuestra parte conocemos a largos lienzos lo de la poesía venezolana, pero largo es cantidad; calidad es ancho.

Como no estamos procurando dar impresiones admirativas, y ya que sobre esta poesía hemos sido persistentes en cuanto a lo óptimo o lo mejor suyo, consignamos ahora lo mismo que en veces anteriores, entre las objeciones que su escritura nos ha merecido, y es la más seria porque afecta a lo que un pueblo entero ha extraído para sí de una obra escrita, la segunda versión del «Florentino...», y consiste en los seis cambios de rima, que en la estricta porfía acaban sumando siete letras para las trescientas cincuenta líneas que comprenden todas las intervenciones contendientes sin restarles los pies de apoyo que cada cantor lega al otro. Resulta que en el contrapunteo llanero cabal, quien peló letra primero, perdió. Y ¿cómo correspondería entonces ponderar este acontecimiento, tratándose de dos tamaños personajes como los que se están midiendo en esta refriega, si todavía en Garcita, y no hace tanto, he visto a un Pantoja adolescente, nada legendario, eliminar durante media noche a todos los rivales que le hacían fila, apenas descuidaban el acotejamiento cabal?

Pero ¿en qué sigue consistiendo la sobresaliente valía del contrapunteo? 1) En la demostrada honda querencia regional, patria y telúrica que se expresa en «El reto»; 2) en el léxico, en su riqueza paremiológica, en su genuina obediencia lingüística nativa; 3) en su sencilla arquitectura;

4) y en que, por consecuencia, es acogido y hecho suyo como suyo de hecho, por los llaneros alfabetos o analfabetos del país, de más allá del Meta, y hay constancia también de cómo ha sensibilizado a especiales pamperos argentinos, caso del pintor e ilustrador Alberto Cedrón, y a receptivos embajadores cubanos músicos y literarios.

Es para que asumamos cual conviene, la tercera versión del Florentino..., no idónea para la retentiva, aunque poco a poco va se ganando el interés que le socava la segunda versión. El despliegue artístico que el poeta le imprime en denodados años, reclama un palancazo para la revisión del apegamiento general que aún favorece a la versión de 1950. Consignemos como óptima, elemental muestra, de lo que abunda en la última versión, el exaltado dístico final, «Ecos lejanos repiten: / ¡Santísima Trinidad!». Es la voz del coro, la voz bendita por venir y aun actual, en vez del «¡Salud, señores!» de la segunda. Y siempre al fin quedaremos al alba «bebiendo en el paso real». Significamos también que ahora se ha ahondado la cicatriz del rostro, y se patentiza más el propio Diablo retratado por John Milton en su *El paraíso perdido* del que Arvelo Torrealba fue lector persistente.

Son tres las versiones impresas del contrapunteo, claro, descontando las ligeras modificaciones que apremiaron a Antonio Estévez para acomodarlo con la música de su Cantata criolla, y las cincuenta mostrencas que consignan sus hijos en la edición de Vitrales, y corresponden a los años de 1940-1950 y 1957. Aquí nos atenemos al bien fundado proceder de sus herederos, que destacan con el primer orden y en el punto de letra, la segunda, para que la de 1957 quede al final.

En 1974 Orlando Araujo desde el título mismo del libro que dedica a este poema, lo nombra como contrapunteo de la vida y de la muerte.

En los días que apareció este ensayo, y en breve foro en la Universidad de Los Andes, J.M. Briceño Guerrero expresó que no es un contrapunteo de

Florentino y el Diablo, sino un contrapunteo de Florentino con Florentino. Esta razón, con parábola hacia la interioridad humana, hacia donde quiere Gurdjieff que congenien el cordero y el lobo en nosotros, cobra redondez en una flechadura de humorismo comprometedor: —¿A usted no le ha salido el diablo? ¿Es que entonces lo tiene por dentro?

Lo medular en el trabajo de Humberto Febres Rodríguez, *En negra orilla del mundo*, interpreta Alberto Arvelo Ramos, es la idea de que el poeta Arvelo Torrealba viene siendo una creación de Florentino.

Quienes valoramos estas consideraciones, en alternancia decimos que los dos personajes de nuestro desafío son en su urgencia toda, sencillas y eminentes criaturas idiomáticas de Alberto Arvelo Torrealba.

ÁNGEL EDUARDO ACEVEDO

Cantas

(1933)

1

El horizonte y yo vamos
solos por la llana tierra:
Me enlazó todos los rumbos
su audacia de sogá abierta.

2

Oros de los arenales
copas de las campanillas,
bastos del cardón doliente,
espadas de las espigas.

En San Carlos tus lagunas
son espejos de las garzas.
En ellos la luna triste,
en ellos se ven las manchas.

Espadas de las espigas:
la sabana y yo jugando
con tu recuerdo y la brisa.

3

El quemado está de luto
como una flor de cuaresma
porque las brisas jugaron
un carnaval de candela.

Yo anduve con suerte triste,
me la puso triste el Llano:
entre mi vida y tus ojos
las llanuras de San Carlos.

Un carnaval de candela.
El viento le echó a la tarde
papelillos de hojas negras.

4

El candil en los caneyes
pinceló su rojo tímido,
y salió a rumiar leyendas
la punta de los corrió.

Cómo enseda el verso humilde
sus hilos de pueblo y alma,
cómo va de pena en pena
y de guitarra en guitarra.

La punta de los corrió
Con la angustia de baquiana
el cuatro cogió camino.

5

Allá va un encobijado
por el peladal pampero:
así se va mi esperanza
sin ti por el alma adentro.

Llanos, y llanos, y llanos
crucé por ir a «Tu Olvido»
y tras tanto caminar
llegué a «Te quiero lo mismo».

Sin ti por el alma adentro
me acordé de cuando iba
por la llanura lloviendo.

6

Palmarito en el Apure,
El Amparo en el Arauca.
Clarines se ha puesto mudo,
Soledad se pobló de alas.

Lejos rezongan los cardos
tristes porque no retoñan:
—Si al rosal siempre lo riegan
¿qué gracia es que tenga rosas?

Soledad se pobló de alas,
y en Cantaura por tu ausencia
no quieren cantar las auras.

7

Junto a Platero trotando
la noble canta florece
y en sed de arriero se moja
por los caminos sin verde.

Tu cuatro, Llano, modula
cantares de Andalucía
y por eso siempre tienes
para tu dolor, sonrisas.

Por los caminos sin verde
—hondo arriero de ternuras—
pasó Juan Ramón Jiménez.

8

Oros de paja marchita
sobre los lejos se azulan.
En la copa de una palma
el chiriguare me anuncia.

Aquí estuvo el hato, padre,
que nos dio sombra otro tiempo:
en este alambre caído
se me enredaron los sueños.

El chiriguare me anuncia.
En la copa del recuerdo
grita la nostalgia, muda.

9

Mi madre bordó en cariños
su rosaleta fragante:
le pagaron poda y riego
con hondo amor los rosales.

Una vez cruzó mis sueños
silenciosa y de puntillas
y se quedó toda alegre
porque me vio una sonrisa.

Con hondo amor los rosales.
¡Qué perfume el de tus rosas
rosaleta de mi madre!

10

La tarde como con pena
se puso un traje cenizo.
Para una solita ausencia
tres veces nos despedimos.

Me alcanzó la noche oscura
en los esteros de abajo
y de puro oír tu nombre
lo aprendieron los yaguasos.

Tres veces nos despedimos:
por un espigal de adioses
me voy podando suspiros.

11

Van los vaqueros del viento,
van sus candelas picando.
Ululan cantares de humo
sobre el tablón del quemado.

En sabanas de tu pueblo
yo vi volar la pregunta:
¿Será el inmóvil el potro
y lo fugaz la llanura?

Sobre el tablón del quemado
rezongaron amarguras
la palmaseca y el charco.

12

El crepúsculo viajero
se terció su manta gris.
Ayes de tierras ardidas
plañe lejano el paujil.

El caño labra la orilla,
la quema los pajonales,
y yo labrándome en quiero,
yo, mudo, sin ti, labrándome.

Plañe lejano el paujil.
Hilos de chusmitas lloran
sueños de Lazo Martí.

13

Espinito pura espina
sin hojas y medio seco
cuando vengan las garúas
te retoñarán luceros.

La siesta escurrió su sed
bajo los viejos palmares
y las chicharras estiran
de penca en penca su alambre.

Te retoñarán luceros
para pagar con perfumes
la amarga burla del viento.

14

Me acordé de aquella copla
que tiene tan hondo el aire:
«El amor es como el trigo,
si no se riega no nace».

El cerro sale a lo llano,
la noche a la mañanita.
¿Hasta cuándo iré yo a andar
tu recuerdo sin salida?

«Si no se riega no nace.»
¿Por qué a mí me nacería
si tú nunca lo regaste?

15

La noche cambió en realitos
mis pachanos de crepúsculo:
por los bancos de Hato Viejo
merqué el ensueño en mi burro.

En esteros de tu pueblo
son dulces las cañabravas
y anohecen las chusmitas
pescando guabinas de alba.

Merqué el ensueño en mi burro.
Mi burro le fiaba al viento
sus collares de rebuznos.

16

Los dos por la tierra larga
—noche azul y silenciosa—.
Me sentí jagüey la vida
entre la luna y la novia.

Laguna en la media-noche
cómo se puso de clara.
Parece que fuera el cielo
el que se copió del agua.

Entre la luna y la novia
la brisa silbó el nocturno
de la sombra larga y sola.

17

En Puerto Nutrias a veces
están las calles azules:
Parecen una guitarra
con bordones de agua dulce.

El rumbo de mi canoa
se me alocó en tu cariño:
de Bruzual a San Fernando
yo pasé por Palmarito.

Con bordones de agua dulce
por las calles pintorescas
el coplero del Apure.

18

Dicen que pagan amores
lo que se pierde en los naipes
y por eso es que yo sueño,
yo sueño que tú me ganes.

El nublado va hacia el Norte
y hacia el Sur las garzas vuelan:
en ilusión de crepúsculo
la luna se va con ellas.

Yo sueño que tú me ganes.
La luna y tú se me fueron
para desesperanzarme.

19

Tras mí le quedó temblando
el pulso al caño sereno.
Por este barrial amargo
me cogió ventaja al viento.

La noche a jugar conmigo
se sentó en los arenales:
mi dicha apostando a suertes
mi pena echó puros ases.

Me cogió ventaja el viento:
—Apure, hermano, me dijo,
que en «Palma Muda» lo espero.

20

El morichal busca el agua,
el nido busca lo verde.
Criollita del sueño esquivo
el que tú soñaste viene.

¿Quién me la gana en amores
después que perdí jugando?
Tranqué con el blanco-uno,
¡tenías el doble-blanco!

El que tú soñaste viene
a enredar en tu cariño
hatos de doce mil reses.

21

Viendo en los pozos del río
soñar dolida la garza
me acordé de tu sonrisa
en mis grises pozos de alma.

Cómo titila la noche,
cómo se espeja en el charco.
De los cielos bebe el río,
yo, de tus ojos lejanos.

En mis grises pozos de alma
una curiara solita,
única que no naufraga.

22

El triángulo de mi choza
me lo tragó el bajo inmenso.
Desborda el sol de soslayo
caño para los recuerdos.

Cómo se amansa el rodeo
cuando se estira la copla.
En esta tierra la canta
enlaza más que la soga.

Caña para los recuerdos.
¡Dónde me iré yo a saciar
la sed azul de tus lejos!

23

En las cantas fugitivas
dicha y afán se me quedan:
las labro a punta de gozo,
las pulo a filo de pena.

Me dio lástima el pajal,
¿qué hace con tanto rocío
sin una gota de verde
para su luto amarillo?

Dicha y afán se me quedan:
yo miré en el lagunazo
el nubarrón y la estrella.

24

Bambú de caña batiente
atalayero de azules,
arpa de todos los verdes,
cimera de alas y luces.

Su ancho disco de horizonte
puso a reír la mañana,
y llena de sol y brisa
se me enloqueció la manta.

Cimera de alas y luces.
—Trino y plumón— los turpiales
pueblan de alba los bambúes.

25

De puro mirar el Llano
tus claros ojos verdean
porque tienen las ternuras
del color de lo que sueñan.

Cañaveral en la arena
—pulpa ardida y sin retoño—
cómo sentirá de dulce
tu mirar color de pozo.

Del color de lo que sueñan.
Cómo no se te ennegrecen
de tanto mirar mi pena.

26

Los pétalos de tu risa
en la mata de cerezo
te los salpicó de lloros
la maldad del avispero.

Me acordé de aquella copla
que tiene tan dulce el aire:
la palma llena de brisa
se vino al pueblo en tu talle.

La maldad del avispero:
tu boca pequeña, grande,
tus ojos grandes, pequeños.

27

Cómo se fue la garúa,
cómo se vino el verano,
cómo se estira en los lejos
la canta del taro-taro.

Préstame los regalitos
—Manchas blancas de tus uñas—
para simularles garzas
a mis aljibes de angustia.

La canta del taro-taro.
Hoy sentí amarga la copla
que se me endulzó en tus labios.

28

En su curiara mi tío
por el Orinoco bravo
—azogue en alma cauchera—
corrió amores y chubascos.

Capitán de la candela
el viento va pensativo:
si pasa con sed mañana
¿dónde beberá rocío?

Corrió amores y chubascos.
Rodaron por Río Negro
oros de sus veinte años.

29

La madrugada entrecruza
curvas de cantas y rejos.
Por los corrales oscuros
llovizna espuma el ordeño.

Capachos bate el corozo,
capachos de viento arisco.
Del tranquero al horizonte
tiembla un bordón de mugidos.

Llovizna espuma el ordeño:
yo me empapé en tus rocíos
el cañal del sentimiento.

30

Agua de Laguna Negra
—madre vieja de mil árboles—
Antonio Machado un día
anocheció en tus pinares.

Tu voz, sabana, modula
alma que te dio Castilla,
y por eso hay fe indomable
en la pena que suspiras.

Anocheció en tus pinares.
Allá va solito y noble
en el lomo del romance.

31

Contándole al caño viejo
su dolor de cien caminos
viene silbando chicharras
el anochecer cenizo.

Para mentiras el pueblo,
para verdad la llanura.
Cuando ves la luna entera
ves no más que media luna.

El anochecer cenizo.
Y tú no me tienes rabia,
ni lástima, ni cariño.

32

Tú que has visto la tristeza
de la tierra larga y sola,
tú que sabes mi esperanza
mírala cómo se ahonda.

La noche vaquera —negros
la cobija y el caballo—
sonando espuelas de grillos
cruzó el callejón del hato.

Mírala cómo se ahonda,
cual un lucero furtivo
en el jagüey de mi copla.

33

Al sesgo el pelo de guama
al cinto la faja negra,
ese hombre callado es como
pozos de la Portuguesa.

Arden de sol las arenas
y el agua muda las lame;
el bongo en viaje rasguña
la inmóvil luz de la tarde.

Pozos de la Portuguesa:
bajo el remanso apacible
el caimán sus males sueña.

34

Mis manos tahúres abren
para mis anhelos, picas:
en juego de cartas verdes
te gané la mesa limpia.

Me arrebujé en la cobija
de regreso de tu rancho;
pasé por «El Sentimiento»
oscurito y lloviznando.

Te gané la mesa limpia:
juega el as del corazón
que te espero en la caída.

35

Me voy por esta sabana
—arpa que afinó el silencio—
duros bancos de «Voy Solo»
caminito de «Agua lejos».

Rinconada de «Los Bueyes»
arenales de «El Olvido»...
En el alma de estos nombres
le «florió» pena al camino.

Caminito de «Agua Lejos»
sembré una palma de olvidos
y me retoñó recuerdos.

36

Los arreboles temblaron
su despedida en las pencas.
Partámanos el paisaje
como llanero y llanera.

Me cogió la noche negra
en los esteros de Arauca
y me fui para tus ojos
por la pica de una canta.

Como llanero y llanera.
Coge el lucero y la palma,
déjame el pozo y la arena.

37

Tal vez mañana me vaya
cuando el callejón me alumbres
tras esta brisa coplera,
trocha de la tarde dulce.

La cañada dijo luna,
el estero dijo garza.
A ti no más te diré
lo que dijo la guitarra.

Trocha de la tarde dulce.
Cargados burros los cerros
llevan barriles de nubes.

38

Con el dejo de este cuatro
me acordé de cuando iba
de noche en mi buey cansado.
Y el ható en la lejanía.

Allá van los carreteros
por el banco a media-luna:
abren callejones tristes
los ecos de sus guaruras.

El ható en la lejanía
en la garganta de un gallo
me guiñó su lucecita.

39

Hombre de la tierra hermana
que de misterio te emponchas:
resero en el «cangrejal»
—potro rudo y alma sola—.

Aquí también el adiós
al sueño audaz le sonrío;
aquí también «es llegar
un pretexto para irse».

Potro rudo y alma sola,
con la amargura en el anca
se fue Don Segundo Sombra.

40

Hoy casi me puse alegre,
casi de puro soñarte,
casi parodié por ti
la copla del casi casi.

Alma del hatu lunero
viene en las brisas un son:
¿qué tendrá el cedro del cuatro
tan seco y echando flor?

La copla del casi casi.
Casi es lindo como tú
el lucero de la tarde.

41

Si a la sombra de Quevedo
te olvidas de irme olvidando,
te acuerdas de no quererme
a la luz de Garcilaso.

Alta y profunda la noche
sobre mis sienes titila
como el signo de tu ausencia
cerca de mi lejanía.

A la luz de Garcilaso
brisa eglógica susurra
en la palma de tu mano.

42

El horizonte y yo vamos
solos por la llana tierra:
me enlazó todos los rumbos
su audacia de sogas abierta.

Mientras las otras se ríen
la luna y tú silenciosas,
y la sombra de mi mano
tiembla al tropezar tu sombra.

Solos por la llana tierra.
Andar y andar hacia ti
como quien de ti se aleja.

43

Aguárdeme, compañero,
en el botalón del patio
que voy a ensebar la sogá
que piqué del cuero sardo.

¿Quién es, por fin, quien se queja
cuando el fuego lame el agua
el agua porque se quema
o el fuego porque se apaga?

La sogá del cuero sardo.
El cuero sardo del toro
que antier me mató el caballo.

44

Espérame, palmasola,
palma del camino, espérame,
que quiero zurcir nostalgias
con música de tus pencas.

Sólo te besa una boca
y un ojo no más te ve:
la clara boca del caño,
el ojo azul del jagüey.

Con música de tus pencas
me puse en los arenales,
me puse a acordarme de ella.

45

Se toparon los vaqueros,
muertos de sol los caballos:
—Hermano, ¡ah tierra bien sola!
—¡Ah vida bien dura, hermano!

Alcaraván del recodo
—pensativo y ojo alerta—
tu mutismo afila inmóvil
la canción de cuando vuelas.

—¡Ah vida bien dura, hermano!
El cauchero Arturo Cova
le dijo a Santos Luzardo.

El canoero del Caipe

Al canoero del Caipe,
que era un catire apureño,
le quitó el amor de golpe
quien lo quiso tanto tiempo.

La que le arrulló el mutismo
y fue aljibe en su desierto.
Tan cerquita ayer, Maruja,
y hoy tu cariño tan lejos.

La que a los rotos de su alma
zurció una gasa de afecto,
y a su pantalón raído
el alivio del remiendo.

La que en veces lo llamaba
para anunciar los viajeros,
poniendo a ulular suspiros
entre las curvas del cuerno.

La que al regreso con lluvia
calentó en cuido hogareño
la vida a sopa y cariño,
el traje a plancha y brasero.

La que Venus alumbró
en noches de atarrayeo
raspando la rubia escama
del lomo de los chechecos.

Y cuando de monte a monte
iba el Caipe turbulento
le enrumbaba la canoa
hacia el desembarcadero.

El canoero está solo
hundido en su sentimiento,
orilla del pozo mustio,
sin atarraya ni anzuelo.

El cañaveral tremola
como regando un secreto:
«Maruja jugó el cariño»
dice el capacho del viento.

El canoero se clava
la ponzoña del recuerdo.
Maruja, Maruja, uja,
se mofa el lejano eco.

Ninguno que mire el Caipe
diría que está creciendo:

son afluentes del río
los ojos del canoero.

La pena se volvió loca
cautiva entre su cerebro:
con un machete en la noche
vase, camino del pueblo.

Su bulto corta la sombra
como un filo de silencio:
Junio soltó las garúas
y anda apagando luceros.

Después desanda el camino
como quien suma a lo inverso
y llama al compadre Braulio
tocándole en el tranquero.

—Acompáñeme, compadre,
al paso de Peñón Negro
para que cuente mañana
qué rumbo cogen los muertos.

El viejo Braulio se asoma
arrebujado en el sueño
y mira en la empalizada
el bulto del canoero.

—¿De dónde viene, compadre?
—Compadre, vengo del pueblo.
Y a la respuesta se pone
imaginativo el viejo.

Sigue el diálogo sombrío
en la pata del urero.
Suspiran en las lejuras
voces del Caipe y del viento.

Después se alejan callados
unas varas de por medio:
con los talones desnudos
van espinando el silencio.

Viene adelante el catire,
baja del desembarcadero
y hunde un bulto en la canoa
como sangrando el recuerdo.

La palanca de araguato
afín casela en el pecho
y un golpe de agua salpica
y ondula en la orilla trémulo.

El viejo Braulio está solo
en el pie del Peñón Negro

cuando sacude las sombras
el grito del canoero.

—Para Apure voy, compadre,
y a Maruja me la llevo:
usté contará mañana
qué rumbo cogen los muertos.

Que en las aguas del Apure
di el palancazo primero
y por eso en ese río
quiero sepultar mis sueños.

Muchos la han visto pasar:
canoa sin canoero,
solita en mitad del río,
con la zamurada adentro.

Álbum de Mariela

Vida de Tío Conejo
yo la cuento y tú la cantas.

Como no tiene pereza
se despierta con el alba
y sale a pegar brinquitos
porque el sueño se le vaya.

Después coge una vereda,
buscando el rumor del agua.
En la acequia cristalina
posa y se lava la cara;
y si acaso le da frío
se calienta en la barranca
con cien rayitos de sol
que brincan de rama en rama.

Ahora toma el desayuno
donde es más tierna la paja:
retoñitos con rocío,
hojitas de verdolaga.

Come y echa un paseíto
por el jardín de su casa

que es un magotico verde
junto a una mata de auyama.

Luego empieza a conversar
con los amigos que pasan:
Habla con don Morrocoy
y también con misia Lapa,
y con el señor Picure
que vino a comer turaguas.
Cuando van a despedirse
curioso les preguntara
si saben de un maizalito
que no esté a mucha distancia.

Ahora va por sus negocios
camino de la montaña,
y se mete al cambural,
donde están avecindadas
—villa de las calles verdes—
las mieles y las fragancias.
Cargada mata cayó
y allí encuentra su posada;
mas si no quiere cambures
almuerza con las guayabas
que en el retorno le brindan
pericos y paraulatas.

Después, barriguita llena,
se pone con mucha gracia
a barrer las basuritas
que el viento tiró en su cama;
y se echa a dormir la siesta
lo menos dos horas largas.
Si para el sueño le estorban
reflejos de resolana,
los ojos con las patitas
se acomoda y se los tapa.

Más tarde, al atardecer,
sigiloso se levanta.
Atravesando la huerta
casi ni pisa la paja.
Y se queda oyendo música,
las orejitas paradas,
cuando tocan la retreta
pajarillos y chicharras.

Ahora cae la noche
—mamá luna entre las cañas—.
Él camina que camina
la llanura iluminada.
Lindas consejas del río
mudas las oyen las playas.
En los cañales del cielo

tiemblan espigas doradas.
Él mira y mira feliz,
parado sólo en dos patas.

Y se imagina el cariño
—¡ah malhaya y ah malhaya!—
de una niña alegre y dulce:
la voz, rumor de quebrada,
flor de espinito los sueños,

la risa, alisio en la palma,
pajal con noche el cabello
donde un caminito pasa;
despierta, sol en los lirios,
dormida, luna en el agua,
porque el buen Dios le rocía
los maizalitos del alma.

Sueños de Tío Conejo
yo los cuento y tú los cantas.

Ojos color de los pozos

Me voy para Los Esteros
—agua abajo y por la orilla—
en mi bongo sin palanca,
con una vela sin brisa,
al anochecer sin luna,
sobre el paisaje sin líneas,
ante el azar sin apuesta
de tu adiós sin despedida,
cantándoles sin reposo,
en mi guitarra sin prima,
a tus ojos sin tristeza
mi canción sin alegría.

Ojos color del ensueño
de la resaca azulita.

Pulsando con el reflejo
bordones de agua dormida,
dejos de cuatro doliente
la palmasola suspira;
un hilo de alas yéndose
angustia las lejanías.
Por los rumbos del te quiero,
paso de la huella íngrima,

sabana del nunca llegas,
duna del quizás me olvidas,
—arenales y arenales—
se me cerraron las picas.
Esta ausencia sin distancia
en la canción se me abisma.

Ojos color de los pozos
de la resaca azulita.

Allí viene la amargura
por un callejón de dichas,
mas, en ti se me perfuman
la pena y las alegrías,
porque aquel cantar amargo
—puro anhelo y pura espina—
te lo guardaste en el seno,
nidial de tus cosas íntimas
donde tu fe se arremansa
y tus querencias palpitan;
y por eso bajo el éxtasis
de las tardes pensativas
a rociarse en ti los sueños
se van mis cantas marchitas.

Ojos color del remanso
de la resaca azulita.

Ojalá hubiera cien Llanos
entre mi vida y tu vida,
y cien Apures cruzando
por la sabana infinita;
ni un potro para la ruta
ni una canoa en la orilla,
ni un gallo en la medianoche,
ni un toldo en el mediodía,
ni un cocuyo en la tiniebla,
ni un retoño en la ceniza:
Entonces, todo salvándolo,
sereno te buscaría;
pero esta ausencia sin lejos
es para mi trocha, valla,
para mis angustias, pica.

Y en el playón solitario
donde el cantar se me abisma,
no me atrevo ni a soñar
el cielo de tus pupilas.

Pupilas color del alma
de la resaca azulita.

Juan Parao

Yo canto lo que soñé
con el sol de los venaos,
cuando en verano crucé
por los caminos soliaos
donde mis dichas dejé
como palmera en quemao,
donde el retinto enterré
y se me murió el ganao,
donde mi copla canté
sobre el mundo desolao,
donde lloró el cristofué
los sueños de Juan Parao,
«el del caballo jerrao
con el casquillo al revés»...

Yo canto lo que soñé
con el sol de los venaos.

Yo soy el que me he enredao
el horizonte en el pie
sin amor y sin ganao
a golpe de anochecer.

Yo vi el espanto abismao
cuando el medanal crucé

y al pasarle por un lao
pa' la remonta miré
y como solo me hallé
me acordé de Juan Parao
«el del caballo jerrao
con el casquillo al revés»...
Yo canto lo que soñé
con el sol de los venaos.

Tú la del sueño floriao,
compañera de agua y sed
que tu agua y tu sed me has dao,
por eso es que ya ni sé
con el adiós perfumao
en tu suspiro de ayer
si me vine de tu lao
o si a tu lao quedé
o si habré esta vez llorao
por lo que nunca lloré
como lloró el cristofué
los sueños de Juan Parao,
«el del caballo jerrao
con el casquillo al revés»...
Yo canto lo que soñé
con el sol de los venaos.

Médano mudo y soliao:
me voy, pero volveré

porque tu sed me ha enseñao
a cantar y a florecer,
y por donde hoy te he cruzao
tan solo! te cruzaré
con mi copla y mi ganao
mi caballo y mi mujer.
Entonces habrá lloviznao,
médano, sobre tu sed,
y en la copa del mijao
al sol del amanecer
desgranará el cristofué
los sueños de Juan Parao,
«el del caballo jerrao
con el casquillo al revés
pa' que lo busquen po' un lao
cuando po' el otro se fue».

Glosas al cancionero

(1940)

*Al Dr. Santos Luzardo;
A Florentino Coronado;
A Juan Parao;
A Arturo Cova;
A Martín Fierro;
A Santos Vega;
A Don Segundo Sombra;
A todos los grandes corazones que palpitan
en los libros de América.*

A.A.T.

¡Ah caramba compañero!
No lo puedo remediar
que acabe diciendo en verso
lo que empecé a conversar.

1

La trocha pelada y fija
sin una ceja de monte.
El soleado horizonte
le puso al campo sortija.
Compañero, no se aflija,
beba agua que yo lo espero,
pero dígame primero
con el acento marchito
cuánta sed tiene este grito:
¡ah caramba, compañero!

2

Yo aprendí en tierra abismada
lección que no tuvo treguas:
ir engañando a las leguas
con el silbo y la tonada.
Dejé una penca sembrada
orillas del saladar
y después la vi palmar;
pero este afán que en mí sopla
de sentir tu alma en la copla
no lo puedo remediar.

3

Malhaya el paso sombrío
que el limpio rumbo me corta,
aunque y por ti, ¡qué me importa
que se ponga guapo el río!
Que el lucero asome umbrío
y el arenal brille adverso:
yo te doy mi mundo terso
porque es de llanera boga
—si empecé luchando en sogá—
que acabe diciendo en verso.

4

Porque de lejos me vino l
o que se estira y se azula,
lo que la canta modula
cuando está solo el camino;
lo que soñó Florentino
cuando se le fue el cantar:
que de ti me va a quedar
la pura flor de tu ausencia,
como en la pampa silencia
lo que empecé a conversar.

Clavelito colorado
que de la mata cayó
todo lleno de rocío
¡cómo te cogiera yo!

5

La madrugada se ahoga
en los esteros del ható.
El alba, toro araguato,
viene sin pica ni sogá.
Humitos ponen en boga
sueños de café colado.
Le echa cuentos al ganado
ñéngüere madrugador
y canta el ordeñador:
clavelito colorado...

6

Si quieres partida buena
cuando juguemos al naipe,
en las orillas del Caipe
yo tengo colcha de arena;
pero no arañes mi pena
con celos del Boconó.
Ella su suerte siguió
y yo seguí con mi suerte:
para algo soy limón fuerte
que de la mata cayó.

7

No quieres que me trasnoche
con chipola ni atarraya.
Sígueme cuando me vaya
en vez de tanto reproche.
Sentirás correr la noche
por mi verso, como un río,
y tendrá el viento sombrío
—nido de su desamparo—
paja de tu pelo claro
todo lleno de rocío.

8

Pone su trazo contrito
el ala sobre el desierto.
Muda se ve «Mata'e Muerto»
como pensando su grito.
Bancos de pecho marchito
el espejismo miró,
y por eso les pintó
pozos de dulces reflejos.
Agua tan honda y tan lejos,
¡cómo te cogiera yo!

Los luceros en el caño,
la luna en el carrizal:
boquita de caña dulce
¡quién te pudiera besar!

9

Como el agua pura vives,
 cristalina y sin espuma:
 ayer pasé con la bruma:
 y vi el sol en tus aljibes.
 Hoy por amargos declives,
 con la peste en mi rebaño,
 camino mi duelo huraño;
 y desde un recodo miro,
 cual tu nombre en mi suspiro,
los luceros en el caño.

10

Noche clara, buen testigo
 para el joropo y el lance;
 la espinita del romance
 te punza el lunado abrigo.
 Vente muchacha conmigo
 por el dormido arenal,
 a ver desde el paso real
 con qué ternura serena
 se puso a estampar la arena
la luna en el carrizal.

11

Trapichera del bohío
que estás moliendo y cantando,
quien te escucha va cruzando
cañaveral con rocío,
Tigana de mi corrío,
deja que tu voz me endulce,
deja que mi anhelo pulse
mientras tú las cañas mueles.
¡Quién se chupara tus mieles
boquita de caña dulce!

12

Sabana de secos tallos,
uno te aprendió a querer
en boca de tu mujer,
en lomo de tus caballos.
Mientras retoñan los mayos
queda amor para un cantar:
tierra altiva como el mar,
cardo sin riesgo y sin poda,
sobre la amargura toda
¡quién te pudiera besar!

A mí mismo me da miedo
cuando levanto el tañío,
porque me jallo faculto
y dueño de mi albedrío.

13

Décimas de amor ausente
el viento arriero balbuce.
La noche de mayo luce
su clara cruz en la frente.
Yo bebí tu zumo ardiente
campo de bravo cañedo,
tierra del ansia y no puedo,
ruta de adiós y quién sabe.
Cuando esta pena se acabe
a mí mismo me da miedo.

14

En mi retinto sin freno,
donde el eco a nadie nombra,
anda espantando mi sombra
caminos del ható ajeno.
La paja con el sereno
se puso a soñar rocío,
y el viejo Llano bravío
y los recuerdos que cargo
me saben a cedro amargo
cuando levanto el tañío.

15

En el rincón del Mal Paso,
—donde andan pasos sin huellas—
me topé con las estrellas
bebiendo en el lagunazo,
hermanitas del yaguaso,
que en el juncal sueña oculto;
y como soy sólo un bulto
por solitarias arenas,
me pongo a cantar mis penas
porque me jallo faculto.

16

Tú que me labraste firme
la fe donde me aquerencio
y me lloraste en silencio,
la noche que tuve que irme,
por si quieres escribirme
mi dirección te confío:
en la tierra del corrío,
con la mejor jefatura,
capitán de esta amargura
y dueño de mi albedrío.

Noche oscura y tenebrosa
encendé tu lucerito
que yo tengo el corazón
más hondo que tus caminos.

17

La sombra tendió sus vendas
sobre la corriente glauca.
Sólo rizan el Arauca
los bongos de las leyendas.
Mi potro sobre las riendas
cruza la orilla arenosa,
y cuando el cielo de rosa
cierra su última rendija,
abres tu negra cobija
noche oscura y tenebrosa.

18

Noche del relato fiero
y el espanto a golpe de una:
atormentada y sin luna
te le diste al cancionero.
Noche del tono pechero
que acuna en alma su grito,
si con tu beso contrito
mi pecho se desabrocha,
sobre el quizás de mi trocha
encendé tu lucerito.

19

¡Tan oscuro, Chipolita,
con mi cuatro y tú tan lejos!
La nostalgia de tus dedos
contra el cedro me palpita.
Por esta tierra marchita
son agua y sed la emoción
y si cautivo en mí son
tu dulce cariño cargo,
Chipolita, eso es lo amargo
que yo tengo el corazón.

20

Noche que el alma le enseña
este anhelo tierno y macho:
Pajarote que echa un cacho,
Santos Luzardo que sueña.
Soga de brisa apureña
nos enlazó los destinos;
y en mis rumbos peregrinos,
noche, tan mía te encuentro,
que están mis llanos de adentro
más hondos que tus caminos.

Arbolito sabanero
yo te vengo a preguntar
si cuando ella se me fue
tú me la viste pasar.

21

Abre sus sueños al raso
la soledad sin un grito.
Aspira el campo marchito
la dulce flor del ocaso.
Tú, pesaroso, en el paso
—puro arenal— del estero,
soñando el aire mayero
¡cómo tendrás de congojas
que ya no te quedan ni hojas
arbolito sabanero!

22

La copla que te saluda
y en tu mudez se desgarrá
puso un dejo de guitarra
entre tu rama desnuda.
Mi cuatro en su pena ruda
sabe un son que hace llorar,
y por eso en mi cantar,
mientras el día se muere,
por ella, que ni me quiere,
yo te vengo a preguntar.

23

Yo sé el ansía del corrío
 que cuando la noche cierra
 cruza el dolor de esta tierra
 como un vaquero sombrío.
 Yo sé el sueño del rocío
 y el penar del cristofué,
 mas con todo lo que sé
 la amargura se me estira
 cuando el cantador suspira:
si cuando ella se me fue...

24

Arbolito de hojas finas,
 nido de puras congojas,
 como ya no tienes ni hojas
 te besa el sol las espinas.
 Madrinero sin madrinas
 paso yo con mi cantar,
 y tú en tu grave callar
 te quedas más seco y triste.
 Arbolito, tú la viste,
tú me la viste pasar.

Para abajo corre el río,
para arriba corre el viento.
Para donde van tus ojos
se llevan mi pensamiento.

25

Un remero golpe muerde
el silencio y el paisaje.
En una vuelta del viaje
el Masparro se me pierde.
Por el camino más verde
ando el paso más sombrío.
Patrón de recio albedrío
que se va y no se destierra,
entre mi copla y la tierra
para abajo corre el río.

26

A zurcir sueños me pongo
y pienso por un instante
si no seré un grito errante
sobre el remanso y el bongo.
Ve si es justo mi rezongo
para reforzar mi aliento,
que ayer remontando lento
el puro remo me trajo,
y hoy como voy agua abajo
para arriba corre el viento.

27

Tus ojos y el cielo claro
llenán el agua mil veces.
Luce entre nácar de peces
la copa del caracaro.
Mas, qué adusto desamparo
tras los playeros rastrojos:
allá van tristes y cojos
los caminos rezongando,
sin gente, mudos, andando
para donde van tus ojos.

28

Mi viejo me lo decía
la voz como en abandono:
muchacho canta ese tono
zumo de arena bravía.
Yo llevo desde aquel día
su puro afán en mi acento.
Mudez del pozo sediento,
leguas donde se desmaya
el nunca del ¡ah malhaya!
se llevan mi pensamiento.

Mata del *Ánima Sola*,
Boquerón de Banco Largo.
Ya podrás decir ahora:
aquí durmió *Cantaclaro*.

29

Con el silbo y la picada
de la brisa coledora
la tarde catira y mora
entró al corralón callada.
La noche, yegua cansada,
sobre los bancos tremola
la crin y la negra cola;
y en su silencio se pasma
tu corazón de fantasma,
Mata del Ánima Sola.

30

Campo de emoción serena:
si en tu quietud todo es viaje
¡qué luz tendrá tu paisaje
cuando se alivie esta pena!
Cruzó la garza morena
sobre el palustre letargo,
y cuando aquel sino amargo
cayó sobre tus retiros,
alas fueron tus suspiros,
Boquerón de Banco Largo.

31

Un claro recuerdo lija
la plata en que me deleito:
por cada amago de pleito
me mandabas la sortija.
Mi caballo y mi cobija
aún saben camino y hora.
Malhaya quien se enamora
cuando lo matan de veras.
Te dije que no dijeras,
ya podrás decir ahora.

32

Mata de copas añejas
donde el sol se desmenuza,
por entre tus ceibos cruza
sombra de aciagas consejas.
Refugio de alas y quejas
que abrigas en dulce amparo
el dolor del taro-taro,
bajo tu paz me aquerencio
y estoy soñando en silencio:
aquí durmió Cantaclaro.

Al pensar que no me quieres,
cuando me pongo a pensar,
me van saliendo los versos
como agua de manantial.

33

Todo lo tierno del valle
echó flor en tu sonrisa.
La palma llena de brisa
se vino al pueblo en tu talle.
Ayer te encontré en la calle:
¡cómo fuiste y cómo eres!
Por albas y atardeceres
meció tus sueños mi bongo.
Hoy ya ni triste me pongo
al pensar que no me quieres.

34

En mi caballo tordillo
que compré con nobles reales
recordé en los chaparrales
tu verso, Pedro Sotillo.
Me hincó su amargor sencillo
la espina de tu cantar.
Hoy te mando a saludar
desde el medanal inmenso
por donde anda lo que pienso
cuando me pongo a pensar.

35

La luna de cuatro días
me hace sombra de dos varas.
Ñéngueres de voces claras
alertan las lejanías.
Me acuerdo de mis baquíás
por aquellos mundos tersos;
y como en días adversos
fui matapalo en otoño,
hoy por un fatal retoño
me van saliendo los versos.

36

Versos del sueño alazano
en el arrebol lebruno,
honda voz de cómo es uno
cuando aprende a hombre en el Llano;
grito del venezolano
que ama su bien y su mal,
su palma y su tremedal;
golpe que alegra y desgarrar
fluyendo de la guitarra
como agua de manantial.

Canta el patico yaguaso
la laguna se secó.
Dice la garza morena:
ahora sí me muero yo.

37

No quiero alambre importuno
en mi mundo desolado.
Si se me riega el ganado
yo veré si lo reúno.
Cuando esta tierra anda en uno,
legua y legua son el paso.
Más allá del lagunazo
sigue el infinito abierto:
llorando tanto desierto
canta el patico yaguaso.

38

Pena tengo de escribirte
con las cosas que voy viendo.
Los peones andan diciendo
que ya no quieres venirte.
Por eso mandé a decirte
lo que el caño suspiró:
cuando el garcero espigó
fue cielo el agua marchita;
cuando se fue la chusmita
la laguna se secó.

39

Contándole los luceros
a la noche millonaria
atravesada solitaria
la copla por los esteros.
Los caminos sabaneros
van como ánimas en pena.
La luna finge en la arena
la estela de una piragua:
¡qué malo el mundo sin agua!
dice la garza morena.

40

No me preguntes la clave
de mis cantares dispersos;
si yo muy bien sé que en versos
la mujer es la que sabe.
Mas si te me quedas grave,
si tu madre te mandó
a que me digas que no,
yo con la vida echa zarza
cantaré como la garza;
ahora sí me muero yo.

¡Ah malhaya un trotecito
que no terminara nunca!
¡Ah malhaya quien hallara
aquello que nadie busca!

41

Alba de rubios asomos
floreció su cañal tinto
y me le prendió al retinto
espigas sobre los lomos.
Corcel que apechaste plomos
bajo el látigo de un grito:
si tu casco lleva escrito
ritmo de bravas chipolas,
por estas picas tan solas
¡ah malhaya un trotecito!

42

Yo ya no sé si rasguea
mi voz nativos dolores
o si son males de amores
los que me labran la idea.
Cuando en la mata florea
hasta la palmera trunca,
cuando el estero se enjunca,
este mal que nos desgarrar
¡quién lo creyera, guitarra,
que no terminara nunca!

43

Todo mi sueño sin cuna
se volvió copla al dejarte
y me prendió sobre el arte
jazmines de adiós con luna.
Piqué mi mala fortuna
por la tierra muda y clara.
Y hoy, pura sed, a la cara
soles de duros reflejos,
agua de tus ojos lejos
¡ah malhaya quien hallara!

44

Tú, la del barrio señero
que me miras cuando salgo
como si valiera de algo
tener fama de coplero,
deja que el sol mañanero
sobre los cardos reluzca,
y que la estrella traduzca
la honda fe del caminante
que encontró en la arena errante
aquello que nadie busca.

Cuatro veces te he mentado
y a ninguna has respondido.
¡Quién me manda a andar buscando
lo que no se me ha perdido!

45

No sé lo que se encobija
en tu mirar estupendo
que hoy te me quedaste viendo
como desde una rendija.
Por no cargar tu sortija
ya me esperas de mal grado.
Será que me has ensalmado
para que mi amor te dure
que en la soledad de Apure
cuatro veces te he mentado.

46

Por eso quiero saber
—querencia de mis porfías—
si hace mucho me querías
o me empiezas a querer,
o si me quisiste ayer
y hoy sólo quieres mi olvido,
o si nunca me has querido.
Queriendo verdades juntas
quise hacer cuatro preguntas
y a ninguna has respondido.

47

Por el plan sin un corozo
 cruzan mis sueños en fragua
 como los bichitos de agua
 cuando se les seca el pozo.
 Al arrendajo buen mozo
 me lo topé suspirando.
 A todos los fui encontrando:
 paraulata, cristofué...
 Sólo a mí no me encontré.
¡Quién me manda a andar buscando!

48

Baquianos de mi destierro
 se aduermen los cuatro puntos.
 Allá como que van juntos
 Florentino y Martín Fierro...
 Como amansando un encierro
 yo oigo su canto tendido.
 Compadre, ponga el oído:
 desde el Llano abajo vengo
 y traigo en mi son realengo
lo que no se me ha perdido.

No olvides esta postal:
a caballo Margarita.
Aunque se llame Antillano
nadie al Llano se la quita.

49

El sol en llanero alarde
te da su ardor y su brillo.
En tu caballo amarillo
mandas en jefe la tarde.
Chipolita, Dios te guarde,
sola por el chaparral,
como luna en el pajal
besando todos los verdes.
Aunque nunca me recuerdes
no olvides esta postal.

50

Barajan sus naipes rojos
los arreboles dispersos.
Pago un siglo de mis versos
a un segundo de tus ojos.
Soñando en estos rastrojos
el que pierde se desquita.
Hondos de sed infinita
se fueron —entre palmares—
tus ojos y mis cantares
a caballo, Margarita.

51

Por esos rumbos vaqueros,
de Ortiz a Corozo Pando,
la noche viene afinando
los cuatros y los luceros.
Tras los espinos caseros,
como un joropo lejano,
se oye la voz del secano:
«que me dé la prenda mía
jagüey de su llanería,
aunque se llame Antillano».

52

Eso la cañada pura
se lo conversa al barranco,
y en la soledad del banco
el chaparro lo murmura,
y en la noche más oscura
el toro fiero lo pita,
y en la clara mañanita
lo suspira la soisola:
tu gracia de palmasola
nadie al Llano se la quita.

Se toparon los vaqueros
muertos de sol los caballos:
¡Hermano, ah tierra bien sola!
¡Ah vida bien dura, hermano!

53

Sobre la tierra sin caño
ni palma que le suspire,
el uno en potro catire,
el otro en viejo castaño,
—el saludo y el rebaño
vueltos sed de mil senderos—.
Por los aciagos esteros
donde la ilusión embauca,
trochando el Cajón de Arauca
se toparon los vaqueros.

54

Cruzan la tierra silente
que el Catire echó a la Historia
la vez que enlazó a la Gloria
y la rabiato a su gente.
Van en dos y dos doliente
sobre los marchitos tallos;
los corazones, vasallos
de las lejuras sin treguas,
los ojos, pozos de leguas,
muertos de sol, los caballos.

55

Curvan el anca los rejos
 sueños de quema y estío.
 Hombres, ante lo baldío
 se ven como amigos viejos.
 Hondo se miran, ¡qué lejos
 el alero y la bandola,
 el moriche y la soisola!
 Con voz que el anhelo estira
 Santos Luzardo suspira:
¡hermano, ah tierra bien sola!

56

Su luto y su letanía
 lejos pone el taro-taro.
 Horizonte en desamparo,
 sol guapo, paja bravía.
 se quiebra impávido el día
 en espejismo lejano,
 y con su dolor arcano.
 Con voz que en selva se arroba,
 le contesta Arturo Cova:
¡ah vida bien dura, hermano!

Décimas infantiles

para Alberto y Mariela

La guacharaca de Apure
le dijo al pájaro vaco:
préstame tu candelita
para encender mi tabaco.

57

El alba canta su loa
de luces para el estero.
Apureñito coplero
mira desde la canoa.
Se enfiesta la chiricoa
en el pie del merecure
para que baile el picure,
y desde el claro espinito
brinca leguas con su grito
la guacharaca de Apure.

58

El vaco anida en borales
donde el pichón no peligre,
pero allá viene Tío Tigre
por entre los matorrales...
¿Quién pudo hacerle señales
al dormido pajarraco?
Llévate el nido en un saco
para el boralito viejo,
el pícaro Tío Conejo
le dijo al pájaro vaco.

59

Con retozones arrestos
los locos alcaravanes
no posan en los samanes
ni en los corozos enhiestos.
Juegan a cambiar de puestos
sobre la arena marchita.
El que vuela es el que grita,
y cuando uno el cambio quiere:
gurruncún ñénguere ñere,
préstame tu candelita.

60

Dices que toro y novillo
se asustan con tu denuedo;
pero le tuviste miedo
al cigarrón amarillo.
Te seguiré el cuentecillo
del conejito bellaco
con el ñénguere y el vaco
cuando vengas de la escuela.
Y tú me darás candela
para encender mi tabaco.

Ahí viene la paraulata
con la canillita seca.
Gavilán no se la come
porque no tiene manteca.

61

El diostedé del urero
lo oyó en el cañaverál:
se lo dijo el turupial
al arrendajo coplero,
el arrendajo al maicero,
el maicero a la camata,
la camata al pico-e-plata,
el pico-e-plata al chorlito,
y todos en un solo grito:
¡ahí viene la paraulata!

62

La garza como ninguna
en el señero donaire
con una pata en el aire
se pone a ver la laguna.
Como rayito de luna
el airón se le desfleca.
Con la envidia en una mueca
dice al verla la pavita:
lástima la pobrecita
con la canillita seca.

63

Don gavián está fiero
acurrucado en su mata.
Despierta la paraulata
llamando al cucarachero.
Rimaré su cancionero
cuando el sol temblando asome
y todo el huerto se arome
del rosal al tamarindo.
Como ella canta tan lindo
gavián no se la come.

64

Al niño que no es malo
le echa cuentos Baltasar,
le enseña coplas Gaspar
y Melchor le da el regalo:
el caballito de palo,
el avión o la muñeca.
La bruja malvada y seca
cuando pasa el rey suspira;
pero Melchor ni la mira
porque no tiene manteca.

Guariqueñita

Tan caña dulce tu boca,
tan jagüeyes tus pupilas.
Este campo tú lo cargas
todo en ti, guariqueñita.
Yo vengo labrando a solas
este anhelo de honda vida,
como quien vela el encierro
en la noche sin cabrillas,
y tras la errante faena
donde es siesta la fatiga,
se pone a silbarle amores
a la vacada bravía
y a la pena cimarrona
puntera de la madrina.

Yo vengo labrando a solas
este anhelo de honda vida.

Como quien pica el caballo
mirando la lejanía
y se va a enlazar consejas
de esas que su voz estiran
más allá de «Mata 'e Muerto»,
donde mientan «Las Desdichas».
Como quien afina el cuatro
ante la sabana íngrima

y oye estirarse en la cuerda
la queja de las clavijas.
Yo vengo labrando a solas
este anhelo de honda vida.

Como quien vara su bongo
en barro de cien orillas,
y goza en cada barraca
querencia de pobres dichas
cuando hacia dentro del hombre
abre el cantar su rendija.

Como quien quema su roza
esperando las lloviznas
y en la noche seca y honda
se pone a atizar la quema
con el sueño de la espiga.

Entre mi vida y tus ojos
pasa un soplo de honda vida:
tan caña dulce tu boca,
tan jagüeyes tus pupilas.

Yo soy quien velé el encierro
en la noche sin cabrillas,
yo soy quien piqué el caballo
mirando la lejanía.

Yo quien templé mi cuatro
ante la sabana íngrima,

yo soy quien varé mi bongo
en barro de cien orillas,
yo soy quien quemé mi roza
esperando las lloviznas,
y hoy, inmóvil, frente a ti,
me quedé, guariqueñita,
como quien siente en la imagen
de la garza pensativa
lo que reza el Llano inmenso
cuando la tarde se abisma,
lo que el chaparro se calla
cuando la sed lo marchita,
lo que este silencio llora,
lo que este campo suspira.
Este campo que tú cargas
todo en ti, guariqueñita.
¡Tan caña dulce tu boca,
tan jagüeyes tus pupilas!

Por aquí pasó

A Doña Ernestina Hernández de Loreto

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.
Por aquí vestido de humo
el huracán que iba ardiendo
fue silbo de tierra libre
entre su manta y sus sueños.

Mírele el rastro en la paja,
míreselo compañero,

como las claras garúas
en el terronal reseco,
como en las mesas el pozo,
como en el caño el lucero,
como la garza en el junco,
como en la tarde los vuelos,
como la nieve en el pico,
como en la noche el incendio,
como el rejón en la carga,
como la gaza en el rejo,
como en la peña la espuma,
como el rocío en el pétalo,

como el cocuyo en el aire,
como la luna en el médano,
como el potro en el Escudo
y el Tricolor en el cielo.

Por aquí pasó, compadre,
hacia aquellos montes lejos.

Aquí va su estampa sola:

grave perfil aguileño,
arzón de cuero tostado,
tordillo de bravo pecho.

De bandera va su capa,
su caballo de puntero,
baquiano, volando rumbos,
artista, labrando pueblo,
hombre, retoñando patrias,
picando glorias, tropero.

Óigale la voz tendida,
sobre el resol de los médanos,

la voz que gritó más hondo
óigasela, compañero,

como el son de las guaruras
cuando pasan los arrieros,
como la brisa en la palma,
como el águila en el ceibo,

como el trueno en las lejuras,
como el cuatro en el alero,
como el eco en las tonadas,
como el compás en el remo,
como el tiro en el asalto,
como el toro en el rodeo,
como el relincho en el alba,
como el casco en el estero,
como la pena en la canta,
como el gallo en el silencio,
como el grito del Catire
en las Queseras del Medio,
como la Patria en el Himno,
como el clarín en el viento.

Por aquí pasó, compadre,
dolido, gallardo, eterno.

El sol de la tarde estira
su perfil sobre el desierto.

Florentino y el Diablo

(1950)

El reto

El coplero Florentino
por el ancho terraplén
camino del Desamparo
desanda a golpe de seis.

Puntero en la soledad
que enlutan llamas de ayer,
macolla de tierra errante
le nace bajo el corcel.

Ojo ciego el lagunazo
sin garza, junco ni grey,
dura cuenca enterrada
donde el casco da traspíe.

Los escuálidos espinos
desnudan su amarillez,
las chicharras atolondran
el cenizo anochecer.

Parece que para el mundo
la palma sin un vaivén.

El coplero solitario
vive su grave altivez
de ir caminando el erial
como quien pisa vergel.

En el caño de Las Ánimas
se para muerto de sed
y en las patas del castaño
ve lo claro del jagüey.

El cacho de beber tira,
en agua lo oye caer;
cuando lo va levantando
se le salpican los pies,
pero del cuerno vacío
ni gota pudo beber.
Vuelve a tirarlo y salpica
el agua clara otra vez,
mas sólo arena sus ojos
en el turbio fondo ven.

Soplo de quema el suspiro,
paso llano el palafrén,
mirada y rumbo el coplero
pone para su caney,
cuando con trote sombrío
oye un jinete tras él.

Negra se le ve la manta,
negro el caballo también;
bajo el negro pelo-e-guama
la cara no se le ve.

Pasa cantando una copla
sin la mirada volver:

—Amigo, por si se atreve,
aguárdeme en Santa Inés,
que yo lo voy a buscar
para cantar con usted.

Mala sombra del espanto
cruza por el terraplén.
Vaqueros de lejanía
la acompañan en tropel;
la encobijan y la borran
pajas del anochecer.

Florentino taciturno
coge el banco de través.
Puntero en la soledad
que enlutan llamas de ayer
parece que va soñando
con la sabana en la sien.
En un verso largo y hondo
se le estira el tono fiel:

—Sabana, sabana, tierra
que hace sudar y querer,
parada con tanto rumbo,

con agua y muerta de sed,
una con mi alma en lo sola,
una con Dios en la fe;
sobre tu pecho desnudo
yo me paro a responder:
sepa el cantador sombrío
que yo cumplo con mi ley
y como canté con todos
tengo que cantar con él.

La porfía

Noche de fiero chubasco
por la enlutada llanura,
y de encendidas chipolas
que el rancho del peón alumbran.
Adentro suena el capacho,
afuera bate la lluvia;
vena en corazón de cedro
el bordón mana ternura;
no lejos asoma el río
pecho de sabana sucia;
más allá coros errantes,
ventarrón de negra furia,
y mientras teje el joropo
bandoleras amarguras
el rayo a la palma sola
le tira señeras puntas.

Súbito un hombre en la puerta:
indio de grave postura,
ojos negros, pelo negro,
frente de cálida arruga,
pelo de guama luciente
que con el candil relumbra.

Un golpe de viento guapo
le pone a volar la blusa,
y se le ve jeme y medio
de puñal en la cintura.

Entra callado y se apuesta
para el lado de la música.

Oiga vale, ese es el Diablo
—La voz por la sala cruza—.

Mírelo cómo llegó
con tanto barrial y lluvia,
planchada y seca la ropa,
sin cobija ni montura.
Dicen que pasó temprano,
como quien viene de Nutrias,
con un oscuro bonguero
por el paso de Las Brujas.

Florentino está silbando
sones de añeja bravura
y su diestra echa a volar
ansias que pisa la zurda,
cuando el indio pico de oro
con su canto lo saluda.

EL DIABLO

Catire quita pesares
 contésteme esta pregunta:
 ¿Cuál es el gallo que siempre
 lleva ventaja en la lucha
 y aunque le den en el pico
 tiene picada segura?

FLORENTINO

Tiene picada segura
 el gallo que se rebate
 y no se atraviesa nunca,
 bueno si tira de pie,
 mejor si pica en la pluma.

EL DIABLO

Mejor si pica en la pluma.
 Si sabe tanto de todo
 diga cuál es la república
 donde el tesoro es botín
 sin dificultad ninguna.

FLORENTINO

Sin dificultad ninguna,
 la colmena en el papayo

que es palo de blanda pulpa:
el que no carga machete
saca la miel con las uñas.

EL DIABLO

Saca la miel con las uñas.
Contésteme la tercera
si respondió la segunda,
y diga si anduvo tanta
sabana sin sol ni luna
quién es el que bebe arena
en la noche más oscura.

FLORENTINO

En la noche más oscura
no quiero ocultar mi sombra
ni me espanto de la suya.
Lo malo no es el lanzazo
sino quien no lo retruca:
tiene que beber arena
el que no bebe agua nunca.

EL DIABLO

El que no bebe agua nunca.
Así cualquiera responde

barajando la pregunta.
 Si sabe dé su razón
 y si no, no dé ninguna:
 ¿Quién mitiga el fuego amargo
 en jagüey de arena pura,
 quién mata la sed sin agua
 en la soledad profunda?

FLORENTINO

En la soledad profunda
 el pecho del medanal,
 el romance que lo arrulla,
 la conseja que lo abisma,
 el ánimo que lo cruza,
 la noche que lo encobija,
 el soplo que lo desnuda,
 la palma que lo custodia,
 el lucero que lo alumbra.
 ¿Qué culpa tengo señores
 si me encuentra el que me busca?

EL DIABLO

Si me encuentra el que me busca
 el susto lo descarea.
 Falta un cuarto pa' la una
 cuando el candil parpadea,

cuando el espanto sin rumbo
con su dolor sabanea,
cuando Florentino calla
porque se le va la idea,
cuando canta la pavita,
cuando el gallo menudea.

FLORENTINO

Cuando el gallo menudea
la garganta se me afina
y el juicio se me clarea.
Yo soy como el espinito
que en la sabana florea:
le doy aroma al que pasa
y espino al que me menea.

EL DIABLO

Espino al que me menea.
No le envidio al espinito
las galas de que alardea:
cuando la candela pasa
la pata se le negrea.
Con plantaje y bulla
de ala no se cobra la pelea.
Vaya poniéndose alante
pa' que en lo oscuro me vea.

FLORENTINO

Pa' que en lo oscuro me vea.
 Amigo no arrime tanto
 que el bicho se le chacea.
 Atrás y alante es lo mismo
 pa' el que no carga manea.
 El que va atrás ve p'alante
 y el que va alante voltea.

EL DIABLO

El que va alante voltea
 a contemplar lo que sube
 borrando lo que verdea:
 en invierno el aguazal,
 en verano la humarea.
 Me gusta cantar al raso
 de noche cuando ventea
 porque así es como se sabe
 quien mejor contrapuntea.

FLORENTINO

Quien mejor contrapuntea
 hace sus tratos de día
 y trabaja por tarea.
 «¡Cójame ese trompo en la uña
 a ver si tataratea!»

Ni que yo fuera lechuza
en campanario de aldea
para cantar en lo oscuro
con esta noche tan fea.

EL DIABLO

Con esta noche tan fea
una cosa piensa el burro
y otra el que arriba lo arrea.
¡Ay, catire Florentino!
escuche a quien lo previene:
déle tregua a la porfía
pa' que tome y se serene
si no quiere que le falle
la voz cuando se condene.

FLORENTINO

La voz cuando se condene.
Mientras el cuatro me afine
y la maraca resuene
no hay espuela que me apure
ni bozal que me sofrone,
ni quien me obligue a beber
en tapara que otro llene.
*Coplero que canta y toca
su justa ventaja tiene:*

*toca cuando le da gana,
canta cuando le conviene.*

EL DIABLO

Canta cuando le conviene.
Si su destino es porfiar
aunque llueva y aunque truene
le voy a participar,
amigo, que en este duelo
yo no le vengo a brindar
miel de aricas con buñuelo.
Si se pone malicioso
no me extraña su recelo,
que al que lo mordió macagua
bejuco le para el pelo.

FLORENTINO

Bejuco le para el pelo.
Contra un jiro atravésao
yo mi pollo ni lo amuelo.
Entre cantadores canto,
entre machos me rebelo,
entre mujeres me sobra
muselina y terciopelo;
cuando una me dice adiós
a otra le pido consuelo.

Desde cuando yo volaba
paraparas del rayuelo
vide con la noche oscura
la Cruz de Mayo en el cielo.

EL DIABLO

La Cruz de Mayo en el cielo.
A mí no me espantan sombras
ni con luces me desvelo:
con el sol soy gavián
y en la oscuridá mochuelo,
familia de alcaraván
canto mejor cuando vuelo;
también como la guabina
si me agarra me le pelo,
también soy caimán cebao
que en boca' e caño lo velo.

FLORENTINO

Que en boca' e caño lo velo.
Me acordé de aquel corrío
que me lo enseñó mi abuelo:
Velando al que nunca pasa
el vivo se quedó lelo,
para caimán el arpón
para guabina el anzuelo,

patiquín que estriba corto
 no corre caballo en pelo.
 ¿Con qué se seca la cara
 el que no carga pañuelo?
*¿Pa' que se limpia las patas
 el que va a dormí en el suelo?*

EL DIABLO

El que va a dormí en el suelo
 pega en la tierra el oío:
 si tiene el sueño liviano
 nunca lo matan dormío.
 Los gallos están cantando,
 escúcheles los cantíos,
 los perros están aullando,
 recuerde lo convenío.
*«Zamueros de la Barrosa
 del alcornocal del Frío
 albricias pido señores
 que ya Florentino es mío.»*

FLORENTINO

Que ya Florentino es mío.
 ¡Néngueres de Banco Seco!
 ¡taro-taros del Pionío!
 Si usted dice que soy suyo

sera que me le he vendío,
si me le vendí me paga
porque yo a nadie le fío.
Yo no soy rancho veguero
que le mete el agua el río,
yo no soy pájaro bobo
pa' estar calentando nío.

EL DIABLO

Pa' estar calentando nío.
No sé si es pájaro bobo
pero va por un tendío
con la fatiga del remo
en el golpe mal medío;
y en la orilla del silencio
se le anudará el tañío
cuando yo mande a parar
el trueno y el desafío.

FLORENTINO

El trueno y el desafío.
Me gusta escuchar el rayo
aunque me deje aturdío,
me gusta correr chubasco
si el viento lleva tronío.
Águila sobre la quema,

reto del toro bravío.
 Cuando esas voces me llaman
 siempre les he respondío.
 ¡Cómo me puede callar
 coplero recién vestío!

EL DIABLO

Coplero recién vestío,
 mano a mano y pecho a pecho
 ando atizándome el brío
 con el fuego del romance
 que es don de mi señorío.
 Relámpagos me alumbraron
 desde el horizonte ardío
 nariceando cimarrones
 y sangrando a los rendíos
 con la punta 'e mi puñal
 que duele y da escalofrío.

FLORENTINO

Que duele y da escalofrío...
 Dáme campo pensamiento
 y dáme rienda albedrío
 pa' enseñarle al que no sabe
 a rematar un corrío.
 Cimarrones hay que verlos,

de mautes no le porfío;
puñal, sáquelo si quiere
a ver si repongo el mío.
Duele lo que se perdió
cuando no se ha defendío.

EL DIABLO

Cuando no se ha defendío
lo que se perdió no importa
si está de pies el vencío,
porque el orgullo indomable
vale más que el bien perdío.
Por eso es que me lo llevo
con la nada por avío
en bongo de veinte varas
que tiene un golpe sombrío.
Y vuelvo a cambiarle el pie
a ver si topa el atajo.

FLORENTINO

A ver si topa el atajo.
Cuando se fajan me gusta
porque yo también me fajo.
*«Zamuros de la Barrosa
del alcornocal de abajo:
ahora verán, señores,
al Diablo pasar trabajo.»*

EL DIABLO

Al Diablo pasar trabajo.
 No miente al que no conoce
 ni finja ese desparpajo,
 mire que por esta tierra
 no es primera vez que viajo,
 y aquí saben los señores
 que cuando la punta encajo
 al mismo limón chiquito
 me lo chupo gajo a gajo.

FLORENTINO

Me lo chupo gajo a gajo.
 Usté que se alza el copete
 y yo que se lo rebajo.
 No se asusten compañeros,
 déjenlo que yo lo atajo,
 déjenlo que pare suertes,
 yo sabré si le barajo;
 déjenlo que suelte el bongo
 pa' que le coja agua abajo;
 antes que Dios amanezca
 se lo lleva quien lo trajo;
 alante el caballo fino,
 atrás el burro marrajo.
 ¡Quién ha visto dorodoro
 cantando con arrendajo!

Si me cambió el consonante
yo se lo puedo cambiar.

EL DIABLO

Yo se lo puedo cambiar.
Los graves y los agudos
a mí lo mismo me dan,
porque yo eché mi destino
sobre el nunca y el jamás.
¡Ay! catire Florentino,
cantor de pecho cabal,
qué tenebroso el camino
que nunca desandaré,
sin alante, sin arriba,
sin orilla y sin atrás.
Ya no valen su baquía,
su fe ni su facultá
catire quita pesares
arrendajo y turupial.

FLORENTINO

Arrendajo y turupial.
De andar solo esa vereda
los pies se le han de secar,
y se le hará más profunda
la mala arruga en la faz;
porque mientras llano y cielo

me den de luz su caudal,
mientras la voz se me escuche
por sobre la tempestá,
yo soy quien marco mi rumbo
con el timón del cantar.
Y si al dicho pido ayuda
aplíquese esta verdá:
que no manda marinero
donde manda capitán.

EL DIABLO

Donde manda capitán
usted es vela caída,
yo altivo son de la mar.
Ceniza será su voz,
rescoldo de muerto afán
sed será su última huella
náufraga en el arenal,
humo serán sus caminos,
piedra sus sueños serán,
carbón será su recuerdo,
lo negro en la eternidá,
para que no me responda
ni se me resista más.
Capitán de la Tiniebla
es quien lo viene a buscar.

FLORENTINO

Es quien lo viene a buscar.
Mucho gusto en conocerlo
tengo señor Satanás.
Zamuros de la Barrosa
salgan del Alcornocal
que al Diablo lo cogió el día
queriéndome atropellar.
Sácame de aquí con Dios
Virgen de la Soledá,
Virgen del Carmen bendita,
sagrada Virgen del Real,
tierna Virgen del Socorro,
dulce Virgen de la Paz,
Virgen de la Coromoto,
Virgen de Chiquinquirá,
piadosa Virgen del Valle,
santa Virgen del Pilar,
Fiel Madre de los Dolores
dáme el fulgor que tú das,
¡San Miguel! dáme tu escudo,
tu rejón y tu puñal,
Niño de Atocha bendito,
Santísima Trinidad.

(En compases de silencio
negro bongo que echa a andar.
¡Salud, señores! El alba
bebiendo en el paso real.)

Algunos vocablos de uso regional que aparecen en esta obra*

ALCARAVÁN: Ave zancuda de color pardo, muy vocinglera.

ARAGUATO: Color leonado. Simio de este color. Árbol maderable.

ARICA: Variedad de abeja silvestre, de miel muy fina.

ARRENDAJO: Pájaro cantor de color negro brillante, con amarillo en la cabeza de las alas, en los muslos y en el arranque de la cola.

BACHACO: Insecto de color rojizo, muy voraz. Se alimenta de hojas y vive en colonias bajo tierra.

BAJO: Bajío, sabana anegadiza.

BANCO: En la sabana, planicie de poca altura y extensión variable.

BEJUCO: Término general con que se designan varias plantas sarmentosas y trepadoras.

BONGO: Canoa grande, provista de pequeño toldo.

BORAL: Conjunto de plantas acuáticas que se tienden sobre el agua tranquila.

CACHO: Cuerna provista de un cordel, con la que el llanero puede coger agua para beber sin desmontarse del caballo. Cuerno Pequeño cuento anecdótico.

CAMATA: Ave gallinácea selvática.

CANEY: Bohío. Casa en zancos.

[*]_ En su mayor parte, las palabras de este vocabulario se encuentran en los diccionarios corrientes. Se incluye esta lista, sin embargo, para dar facilidades a los lectores extranjeros.

CANGREJAL: En Argentina, atolladero.

CANTA: Copla.

CANO: Corriente de agua lenta y poco caudalosa.

CAPACHO: Semilla de la planta del mismo nombre que produce la sonaja en las maracas.

CARACARO: Árbol frondoso perteneciente a las mimosáceas.

CATIRE: Dícese del individuo rubio.

CHACEAR: Verbo que se aplica a la batida brusca de la res en la carrera.

CHECHECO: Pez pequeño, de agua dulce.

CHICHARRA: Cigarra.

CHIPOLA: Son y baile populares.

CHIRICOA: Gallinácea silvestre muy vocinglera. (Nombre onomatopéyico.)

CHIRIGUARE: Especie de gavilán.

CHUSMITA: Garza blanca, pequeña, de pluma muy fina.

CIMARRÓN: Dícese del ganado alzado y montaraz.

CIMARRONERA: Conjunto de reses cimarronas.

COROCORA: Corocoro, garza de color rojo: Ibis escarlata.

COROZO: Palmera esbelta, perteneciente a las palmáceas de tallo y hojas armados.

CORRÍO: Corrido, canto alternativo. Romance de estructura popular.

CRISTOFUÉ: Pájaro insectívoro, de color entre amarillo y negro verdoso. (Nombre onomatopéyico.)

CUATRO: Guitarra de cuatro cuerdas.

CUCARACHERO: Pajarillo de color terroso y alegre canto.

DIOSTEDÉ: Especie de tucán.

DORO-DORO: Ave perteneciente a los voltúridos, de color gris amarillento, semejante al zamuro.

ESPINITO: Arbusto armado, que florea en jazmín blanco, perteneciente a las rubiáceas.

GARÚA: Llovizna menuda.

GAZA: Lazo de sogá.

GOLPE: Son, tonada popular.

GUABINA: Pez pequeño de agua dulce, blancamente escamoso y de contacto muy resbaladizo.

GUACABA: Ave que canta repitiendo tres notas en escala ascendente.

GUACHARACA: Gallinácea silvestre, muy voladora y vocinglera. (Nombre onomatopéyico.)

GUAPO: Animoso, valiente, recio.

GUARRACUCO: Especie de mochuelo.

GUARURA: Especie de caracol. Concha del mismo con la cual se emiten sonidos característicos.

GÜIRIRÍ: Pequeña ave palmípeda. (Nombre onomatopéyico.)

GURRUNDÚN NÉNGUERE NERE: Frase onomatopéyica con que se presenta el canto de los néngueres y alcaravanes.

HATO: Heredad destinada a la cría.

ÍNGRIMO(A): Solitario(a).

Jagüey: Pequeño pozo de agua manadora.

MACAGUA: Serpiente venenosa perteneciente al género *bothrops*.

MADREVIEJA: Antiguo cauce de un río o cañada con agua remansa.

MADRINA: Rebaño.

MAICERO: Pájaro granívoro.

MATA: Conjunto de árboles en la sabana, comparable al oasis en el desierto.

MATAJEJA: Variedad de abeja silvestre.

MATAPALO: Árbol frondoso de la sabana.

MAUTE: Toro joven, torete.

MERECURE: Árbol frondoso del Alto Llano.

MORICHAL: Palmar de moriches. Manantial.

MORICHE: Palmera esbelta de llanos cenagosos. Pájaro cantor de Guayana.

MOSTRENCO: Aplícase a las bestias sin marca ni señal de propiedad.

ÑÉNGUERE: Variedad de alcaraván.

OREJANO: Dícese de la res sin marca de hierro, ni señal en la oreja.

PACHANO: Moneda venezolana de oro.

PÁJARO VACO: Ave zancuda de color grisáceo de tamaño mayor al de la garza.

PAPAYO: Árbol de tallo semileñoso, perteneciente a las caricáceas.

PARAPARA: Fruto del paraparo, de endocarpio leñoso negro y brillante, usado como metras en juegos infantiles.

PARAULATA: Pájaro semejante al tordo, de bellísimo canto.

PASAJE: Cuento anecdótico. Tonada popular.

PATIUÍN: Dícese del hombre presumido en el vestir y no habituado a las faenas rudas del campo.

PAVITA: Pájaro de canto monótono, al cual se atribuye mal augurio.

PELADAL: Banco abierto y sin matas.

PELODEGUAMA, PELO'E GUAMA: Sombrero de fieltro aterciopelado.

PICA: Vereda.

PICAR: Conducir, arrear el ganado.

PICO-E-PLATA: Pico de plata, pájaro cantor de color rojinegro y pico blanco.

PICURE: Roedor, agutí.

PORFÍA: Contrapunto, canto alternativo.

PUNTERO: Dícese del individuo que guía la madrina.

RAYUELO: Raya circular que se marca en la tierra para juegos infantiles.

REBUENO: Muy bueno, excelente.

REGALITOS: Pequeñas manchas blancas en las uñas.

REMONTAR: Navegar agua arriba.

RESACA: Agua que sale de un río y vuelve a él, formando isla.

SAMÁN: Árbol frondoso, perteneciente a las mimosáceas.

TARO-TARO: Ave zancuda de color negro, con pico y patas rojos, nombre onomatopéyico (en Argentina, tero real o tero-tero).

TENDÍO: Tendido. Trozo recto en el curso de un río.

TÍGANA: Ave zancuda pequeña, de andar airoso.

TURUPIAL: Turpial, trupial, pájaro cantor de colores entre negro brillante y amarillo.

URERO: Samán. Árbol perteneciente a las mimosáceas.

YAGUASO: Ave palmípeda más pequeña que el güirirí, de plumas atornasoladas.

ZAMURO: Aura, gallinazo, buitre americano.

ZARANDAJO: Holgazán, vagabundo, desvergonzado.

Cronología

- 1905 Nace en Barinas el 3 de septiembre, hijo de Pompeyo Arvelo y Atilia Torrealba.
- 1928 Se publica su primer libro de versos, *Música de cuatro*.
- 1929 Aparece *Rezagos de un poemario extraviado en la cárcel*.
- 1933 Se publica en Caracas, *Cantas*.
- 1935 Recibe el título de Abogado y Doctor en Ciencias Políticas, en la Universidad Central de Venezuela.
- 1936 Contrae matrimonio con Rosa Dolores Ramos Calles, de esta unión nacen Alberto y Mariela.
- 1940 Se edita *Glosas al cancionero*, donde aparece la primera versión de *Florentino y el Diablo*.
- 1941 Durante este período desempeñó el cargo de gobernador
- 1955 del estado Barinas, Ministro de Agricultura y Cría y Embajador de Venezuela en varios países de América.
- 1957 Se publica *Florentino y el Diablo*.
- 1961 El poeta conoce la *Cantata criolla* de Antonio Estévez, con letra de su *Florentino y el Diablo*.
- 1962 Sale publicado el libro *Caminos que andan* (ensayos).
- 1966 Obtiene el Premio Nacional de Literatura, mención Prosa con el trabajo crítico *Lazo Martí, vigencia en lejanía*, Caracas, Biblioteca Popular Venezolana.
- 1967 La Universidad Central de Venezuela edita *Obra poética* de Alberto Arvelo Torrealba, selección que incluye poemas inéditos

- 1971 Muere en Caracas el 28 de marzo.
- 1972 Monte Ávila Editores publica la *Antología regional* en su colección Eldorado.
- 1982 Con los auspicios del Banco Industrial de Venezuela e ilustraciones de Alberto Cedrón, se publica *Florentino y el Diablo* en sus tres versiones fundamentales (1940, 1950 y 1957).
- 1985 La editorial Vitrales reedita *Florentino y el Diablo* en sus tres versiones, ilustrado por Alberto Arvelo Mendoza.
- 1999 Se publica *Obra poética* en Monte Ávila Editores Latinoamericana, libro que reúne la obra completa del autor.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-001-8

Depósito Legal

DC2021001195

Caracas, Venezuela, Septiembre de 2021

La presente edición de
FLORENTINO Y EL DIABLO Y OTROS POEMAS
fue impresa
en los Talleres
de la Fundación
Imprenta de la Cultura
durante el mes
de septiembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Florentino y el Diablo La primera versión se publicó en 1941 y tenía por título “Florentino el que cantó con el diablo”; una segunda versión apareció en 1950 y la última y definitiva en 1957. En cada una de estas variaciones Arvelo Torrealba fue incrementando el número de estrofas hasta llegar a los 1.200 versos en total. Esta leyenda es uno de los hitos de nuestra poesía popular, donde el poeta elevó la eterna dialéctica entre el bien y el mal —representados por Florentino, habitante de la sabana y el diablo, forastero de estos parajes— que se debaten en un contrapunteo que se extiende hasta el amanecer. Este duelo asume unas dimensiones épicas al ser convocados un conjunto de elementos naturales, la religión, el retruécano, alardes, sentencias y refranes que buscan provocar al contrincante con el fin de confundirlo y derrotarlo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

